

— ¡*Lagardère for ever!*

Y abandonando toda prudencia dejó caer el pañuelo que mitigaba su supuesta neuralgia y que sólo sirviera en realidad para ocultar su bigote.

Descorazonados por aquellos gritos que saludaban su derrota, alojaron entonces los tripulantes del *Biribi*. Era más de lo que se necesitaba para asegurar la victoria de Edmée, cuya llegada á la meta fué objeto de delirante ovación por parte del público.

Para substraerse al entusiasmo de la multitud, siguió la joven remando, y cuando hubo dejado bien atrás jurado y tribunas detúvose para hacer entrega de la canoa á Sadoux, el constructor, subiendo enseguida al landó del marqués.

Pedro llevaba esperando allí dos horas. Sorprendido, y no sin motivo, por los disfraces adoptados por sus amos, fustigó por orden de éstos sus caballos, que emprendieron al trote largo el camino de París.

Cuando la muchedumbre se enteró de que el campeonato del Marne había sido ganado por una mujer vestida de hombre, su entusiasmo no reconoció límites y buscó por todas partes á la heroína para llevarla en triunfo.

Afortunadamente para ella, Edmée estaba ya lejos.

## VI

## EN HONOR DEL SHAIK

París, mejor dicho, lo que hemos convenido en llamar el todo París, hubo de sorprenderse grandemente al recibir las tarjetas de invitación, profusamente repartidas, en las que se le rogaba se sirviese asistir á la fiesta que el marqués Trogoff de Kerbiroët, aun cuando enfermo de gravedad, daba en su palacio en la noche del 15 de agosto, sin anunciar el motivo de la recepción, que nadie podía explicarse.

Pero París es frívolo por naturaleza y sus sorpresas duran poco.

Sin inquietarse acerca del motivo de la velada, pero tanto más picada su curiosidad cuanto que el anciano gentilhomme que invitaba era muy poco aficionado á las reuniones de ese género, el todo París, de que hablamos creyó de su deber aceptar la invitación, y habíase apresurado á poblar los salones del hotel de la avenida del Bosque de Bolonia, con objeto unos de hacer provechosas visitas al buffet, y otros con el de recrearse contemplando en su estuche á las dos huérfanas hermanas, joyas de la casa y del gran mundo.

Demás de esto, el todo París regocijábase ante la perspectiva de poder penetrar al fin en aquel palacio, del que se hablaban maravillas, y del que sólo conocía las magní-

ficas esculturas exteriores cinceladas en la piedra ó en el mármol por el hábil buril del joven triunfador en el último Salón, y se entusiasmaba ante la idea de hollar con su planta los tapices de musgo del parque de aquel fúcar, tan poco pródigo de dar fiestas, que la memoria más privilegiada no podía encontrar un precedente á la que iba á celebrarse aquella noche.

Quería ese todo París, indiscreto y envidioso, examinar de cerca y con sus propios ojos el asiático lujo que suele ser manifestación de una fortuna fabulosa; y la del viejo marqués, aumentada con la que, según los que presumían de enterados, poseían sus pupilas, era algo colosal, prodigioso, inconcebible.

Había quien á este propósito hablaba de una montaña de billetes de Banco, tan alta ó más que la torre Eiffel.

Los más moderados ni siquiera buscaban un término de comparación. ¿Para qué?

Sea lo que fuere, es lo cierto que las invitaciones fueron aceptadas con agrado por todos los que las recibieron por conducto más ó menos directo.

El hotel de Kerbiroët se pobló de gente desde el comienzo de la velada.

La recepción anunciábase soberbia.

El salón grande fué habilitado para sala de baile, y la orquesta de Emilio Bonnamy, encargada de ejecutar el selecto programa, quedó medio oculta por un macizo de plantas verdes junto á una de las dos chimeneas monumentales, colocadas una frente á otra en el centro de la enorme sala. Y pensando en que los acordes de la música y el rumor de la danza no podían dejar de llegar, á través del techo, hasta la habitación en que el dueño de la casa sudaba la agonía, fueron muchos los que se dijeron que indudablemente el anciano marqués debía tener un interés particularísimo en tolerar aquella zambra.

Porque zambra era la que armaban los invitados, entre los que los había de varias clases.

Nada tiene esto último de particular. En el mes de Agosto París se ve abandonado por los parisienses, que huyen horrorizados ante la invasión periódica de los turistas extranjeros. De ahí que muchas de las invitaciones cayeran sin dificultad en manos de personas á

quienes no estaban destinadas, con tanto más motivo cuanto que precisamente aquel año la invasión extranjera era mucho más considerable que en otros anteriores, con motivo ó con pretexto de la Exposición Universal.

Toda la parte del parque cercana al hotel había sido profusamente iluminada. Sin embargo, la claridad cesaba á cierta distancia de los primeros grupos de árboles, con gran satisfacción de las parejas ávidas de alejarse del círculo de luz, para las cuales quedaba libre un gran sitio en el que reinaban la soledad y la sombra, y era el comprendido hasta el ángulo extremo de la tapia formado por la unión de las calles Pergolése y Leroux.

Amy era quien hacía los honores de la casa á los invitados del marqués, dada la imposibilidad en que éste se hallaba de presentarse en sus salones.

En uno de ellos, pequeño, inmediato á la sala de baile, y por la abierta puerta del cual veíase desfilir rápidamente las parejas lanzadas en el torbellino de la danza, hallábanse reunidos muchos personajes conocidos del lector.

Ahí estaba la vizcondesa de Aubinesco con su sobrina Yvona, y con Jaffary, su protegido; también estaba Kenec, el manco, y Jorge de Mercœur y la enorme baronesa.

Hablábase de cosas interesantes, como en las reuniones de la de Aubinesco, y en el momento en que sorprendemos el grupo, era Amy la que estaba en el uso de la palabra, y la que llevaba el peso de la conversación en ausencia de Edmée, quien con Malatierra, hallábase en el cuarto del marqués, velando al enfermo.

La baronesa de Lampessadas, exageradamente descotada según su costumbre, deslumbraba, como puede deslumbrar un escaparate de joyería. La ardiente animación de sus facciones parecía denotar que su manía de maternidad á todo trance fundaba nuevas esperanzas en los encuentros imprevistos que podría tener en el decorso de la velada.

Hallábase sentada junto á la puerta de la sala de baile. Cesó este de pronto, y la esférica dama comenzó á abanicarse con violencia.

Su corazón detuvo sus movimientos.

Acababa de ver á un joven que parecía dirigirse hacia ella.

— Como si lo viera; — balbuceaba. — Es él, ¿sabe usted?

En aquel joven creía reconocer á su hijo; á su hijo, que tan afanosamente buscaba, algo tarde, es verdad, pero que lo buscaba, en fin, por todas partes. Por desgracia para la pobre señora, ésta no contaba para nada con el tiempo transcurrido desde su desliz, y sin que se le ocurriese pensar que su hijo debía tener bastante más de treinta años, obstinábase en descubrirlo entre los muchachos casi adolescentes.

El que había sido causa de su repentina emoción pasó de largo. Dirigiáse al buffet.

Luego comparecieron dos más, y tres, y cuatro.

Por cruel ironía de la suerte, ó por misterioso efecto de su preocupación, la baronesa Lampessadas no veía más que muchachos entre la multitud de hombres allí congregados.

Claro es que no conocía, personalmente, á ninguno de ellos.

Pero su corazón de madre creía reconocer en todos y en cada uno á su propio y suspirado hijo.

Adorábalos á todos, en masa, porque la voz de la sangre hablaba en ella con tanta elocuencia como imparcialidad.

Algunas de las señoras presentes compadecieron silenciosamente su extravío y la de Aubinesco, curiosa, como siempre, hasta la indiscreción, preguntó á Amy.

— ¿Podría usted decirme, guapísima, en honor de qué ó de quién da esta fiesta nuestro pobre marqués?

— Lo cierto es que si está tan malo como dicen, este ruido no puede serle de gran provecho: ¿sabe usted? — añadió la baronesa, que comenzaba á perder las esperanzas que poco antes la animaban de tropezar con su hijo.

Amy, como las demás señoras, estaba en traje de baile; todas las miradas fijábanse insistentes en la línea rojiza marcada por su collar de coral impreso en la piel, que resaltaba por modo singular sobre la blancura del cuello alabastrino, entre su cabeza de excepcional

y severa hermosura y la opulencia del seno virginal, verdaderamente magnífico.

— ¡Cómo! — dijo, contestando á la vizcondesa, — pero usted no sabe... ¡Pues en honor del Shaif!...

— ¡Del Shaif! — exclamó la de Aubinesco sorprendida. — ¿De modo que ese Shaif no es un personaje novelesco? ¿No es un mito?

— No, señora.

— ¿Ha llegado á Francia?

— ¡Como que está en París!

— ¡Oh! — dijo la dama con tono de admiración no exento de verdadera alegría. — ¡No sabe usted lo que daría por ver en fin un verdadero aventurero, de carne y hueso!...

— Pues lo verá usted.

— ¿Cree usted que ese Shaif va á continuar su obra... ¿sabe usted? lo que nos dijo en mi casa el doctor A. .

— ¿Su obra de justicia?

— Sí, y la de venganza.

— ¡Ya lo creo! Como que para eso está en París.

— ¡Brurrrr! Me hace usted temblar, monísima. Pero... ¿y el capitán de los Cristal-Daggers?

— También está en París.

— ¿Cree usted que pueden encontrarse?

— Se encontrarán aquí mismo.

— ¿Cuándo? — preguntó la vizcondesa, calenturienta ya á la idea de codearse con gente tan terrible.

— Esta noche; — replicó Amy.

Hubo un momento de silencio, que aprovechó la baronesa para exclamar:

— Noticia es esa de las que entran pocas en libra: ¿sabe usted?

No era que no pensase en buscar á su hijo, sino que la danza había comenzado de nuevo, y en la imposibilidad de fijarse en los muchachos no tuvo más remedio que prestar atención á lo que se decía en torno suyo.

La vizcondesa, siempre ávida de sensaciones fuertes, preguntó enseguida:

— ¿No tendremos el gusto de ver esta noche al interesante doctor A?...

— ¡Está el pobre tan ocupado, señora!

— Sí, ya me figuro... su enfermo por un lado, y por otro la llegada de su amigo... Pero dígame usted, hija mía, aquí para inter nos, ¿no le parece á usted que guarda demasiado el incógnito? ¿No podría usted decirnos su nombre? En secreto, por supuesto...

Amy no contestó, ó si contestó su respuesta hubo de quedar ahogada por la estruendosa carcajada que saludó la entrada de Jaime en el salón.

Habíase acostumbrado el joven bretón á la vida de París y ya no se emociona baviendo los desnudos hombros de las señoras.

— Como hay Dios, — dijo aspirando el aire con fuerza — que aquí huele á piel perfumada.

Y al decir esto paseaba descaradamente su vista por el círculo femenino.

Cuando sus ojos llegaron á la baronesa Lampessadas, quedaron fijos en ella con mirada extática.

— Caramba, caramba, — dijo con sincera admiración; — mucho me alegro de encontrar á la señora... ¡Cuidado si está de buen ver!...

Un tanto amostazada, la baronesa le preguntó:

— ¿Me encuentra usted algo extraño, joven lugareño? El joven lugareño, taimado como pocos, se abstuvo de contestar, interrogando él al contrario.

— ¿No ha visto usted aún á su hijo? ¡Quién sabe! Tal vez anda por aquí cerca.

Kenec el manco, que se había puesto en pie, intervino entonces.

— ¿Es para eso para lo que has venido?

— ¡No, señor, qué ha de ser! Si vengo de parte de la señorita Amy que está allá fuera, en el fondo del parque...

— ¿Qué dice ese hombre? — exclamó con estupor la vizcondesa. — ¿Que la señorita Amy está en el fondo del parque?

La baronesa creyó llegada la ocasión de vengarse de la grosería de Jaime y colocó una frase cruel, que en cierto modo, era sin embargo expresión del pensamiento de todos los presentes.

— Es indudable que París no le prueba á este campesino. O está loco ó está borracho.

Jaime apretó los puños, pero tuvo bastante energía para contenerse y no contestar.

Kenec comprendió que algo extraño ocurría, y haciendo á Amy un signo respetuoso, invitándola á mantenerse callada, colocóse de modo que Jaime, que hasta entonces no había visto á la joven, continuase sin observar su presencia, y le preguntó:

— Vamos á ver, tú vienes de parte de la señorita Amy. ¿No es eso?

— Ya lo he dicho.

— ¿La has visto en el parque?

— Como le estoy viendo á usted. No había mucha luz por allí que digamos, pero para algo tengo yo ojos de gato en la cara.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Pues me dijo, dice... «Ha llegado el momento, chico: ve á buscar al señor Alí-Akmet.»

Al oír estas palabras la baronesa abanicóse fuertemente y la de Aubinesco colocó bajo su nariz un frasco de sales inglesas. Su emoción era manifiesta, pero una emoción deliciosísima. Como que llevaba cinco meses esperando que se produjera el sensacional encuentro de que le hablaran. ¿No le habían dicho que en París debía terminar el formidable duelo á muerte de dos luchadores inflexibles: el jefe de los hermanos de la concha y el capitán de los Cristal-Daggers? Hubo momentos, durante esos cinco meses, en que llegó á perder la esperanza que concibiera de conocer al uno y al otro. Y he aquí que ahora todo parecía arreglarse, que el duelo se efectuaba, que ella iba tal vez á presenciarlo... No se necesitaba más para volverla loca de expectante alegría.

— ¡Alí-Akmet! — repitió. — Ese hombre intrépido está ya aquí... Amy, hija mía, es preciso que me lo presente usted cuanto antes.

— ¡Cómo! — exclamó Jaime reparando al fin en la joven. — Pero está aquí la señorita Amy... Vaya, usted se creyó que yo no obedecería y me ha seguido para ver si hacía su mandado... Pues ya está satisfecha la señorita.

Amy estaba preocupadísima; tanto que ni siquiera contestó á la vizcondesa.

— Para apoderarse de ese demonio de hombre — se decía — hay que valerse de la maña, que emplear la astucia... Pero no puedo explicarme cómo este hombre ha creído verme y hablarme en el parque siendo así que me encontraba en este salón... ¿ Con quién puede haberme confundido? La única que se me parece es Edmée y Edmée está arriba, con el marqués... ¿ Se habrá servido Ali de otra mujer, disfrazándola y haciendo que se me parezca para que desempeñe un papel que yo habría rechazado?...

Absorta en estas ideas en las que había algo que ella no se confesaba á sí misma, Amy se levantó.

— Ustedes me dispensarán, — dijo á sus contertulias — si las dejo solas un momento. Voy á llegarme al cuarto del marqués...

Y salió diciéndose á sí misma :

— Si Edmée está ahí arriba, prevendré á Ali de que preguntan por él, y le seguiré de lejos. Quiero saber lo que pasa, y ver sin que me vean...

Amy sabía perfectamente que la fiesta de aquella noche no era más que un pretexto, una ocasión facilitada á los perseguidores del conde para preparar á éste una encerrona; en cambio ignoraba por completo de qué modo pensaba Ali atraer á Corpo-Santo, y, con mayor motivo, que el doctor hubiese solicitado el concurso de Flavia la mulata.

Algo hubo de sospechar, sin embargo, al principio de la velada. Fué en el momento en que de vuelta de las regatas de Nogent, Edmée la llamó llevándola á un rincón para contarle cómo había visto al conde, y la audacia inverosímil de que el miserable diera prueba lanzándole una tarjeta con algunas líneas escritas de su puño y letra para anunciarle que pensaba acudir á la cita dada por Amy para aquella misma noche.

— Esa tarjeta... ¡ Dame esa tarjeta!... hubo de decir la joven á su hermana.

Y Edmée no había tenido más remedio que confesar cómo se decidiera á cambiar de traje con Jorge para ganar el campeonato del Marne, añadiendo que la tarjeta debió caerse al efectuar dicho cambio de indumentaria. ¿ Qué iba á hacer Amy? ¿ reprender á su hermana?

Esto hubiera sido ocasionarle un disgusto. Decidióse pues á olvidar aquel incidente, pensando en que tal vez se trataba de un error incomprensible, pero error al fin, puesto que ella no había pensado en dar la cita de que al parecer se hablaba en la tarjeta extraviada.

Pero he aquí que ahora pretendía el joven bretón haberla visto y aun hablado en el parque del hotel. En concepto de Amy, esto parecía indicar que Ali se había servido ó pensaba servirse de otra mujer para hacerla pasar por ella y cebar el anzuelo destinado á ser mordido por el falso conde.

Haciéndose estas y otras reflexiones subió Amy á la habitación en que agonizaba el anciano marqués sin quejarse de los alegres acordes de la orquesta, aun cuando llegaban muy distintamente hasta sus oídos debilitados por la enfermedad más aún que por los años.

En torno al lecho agrupábanse tres personas : Edmée, cuyos hombros se halaban cubiertos por un chal, y el doctor y Malatierra, quienes vestían de frac.

Amy se acercó de puntillas á la cama y apoyó ligeramente los labios en la frente del anciano, cuyos párpados se entreabrieron al sentir el dulce contacto.

— ¿ Cómo se encuentra usted esta noche? — preguntó ella.

— Bien, bastante bien, — contestó en voz apenas perceptible el enfermo. — Ya lo ves, la muerte no quiere de mí...

— ¡ Buen papá!...

— Pero es porque hago todo lo posible para prolongar los latidos de mi corazón... Quiero asistir al castigo del miserable que os hizo huérfanas...

— Tiene usted razón... Y eso me hace recordar que he de darle á usted un recado; — añadió Amy dirigiéndose al doctor. Y mirándole con fijeza y de frente, añadió :

— Parece ser que yo pregunto por usted en el fondo del parque.

Lo mismo el moribundo que el doctor observaron el modo particular como Amy pronunció la palabra « yo ». Y mientras el segundo se ponía colorado como un pavo, el marqués pronunció débilmente estas palabras :

— Procura tener en él la confianza más absoluta, hija mía, porque la merece. Vaya usted, Ali, vaya usted, — añadió — y gane usted por Dios santo la partida si es que quiere que yo pueda asistir á su triunfo.

Como si el esfuerzo hecho le hubiera fatigado, los ojos del enfermo volvieron á cerrarse, y Amy se aprovechó de esta circunstancia para deslizarse furtivamente en seguimiento de Ali.

Volvamos á los salones. La repentina ausencia de Amy causó cierta ansiedad entre las personas congregadas poco antes en torno de la joven. Una de ellas muy especialmente, la vizcondesa de Aubinesco, no era mujer que se contentase con saber las cosas á medias. Acababan de excitar su curiosidad en grado superlativo, había oído cosas que la hacían creer en la existencia de un misterio, y se hallaba decidida á penetrar este á todo trance. Ella fué pues la primera que usó de la palabra una vez ausente Amy, y lo hizo para interrogar á su sobrina Yvona.

— Nenita, — le dijo tomándole ambas manos, — hame dado en la nariz que tú debes saber algo acerca de esos dos hombres que deben encontrarse aquí esta noche.

— ¿ De dónde saca usted eso, tía ? — murmuró Yvona cuyas mejillas tomaron el color de la grana.

— Contéstame sin ponerte colorada. Hace cuatro meses que pasas todo el día en esta casa. No es posible que en todo ese tiempo no hayas oído algo, aunque no sea más que palabras sueltas, por las cuales hayas podido comprender... Vamos á ver : ¿ has oído hablar de la llegada á París de Ali-Akmet ? Contesta, muchacha ; ¡ si no te hemos de comer !

Yvona sentía verse obligada á mentir y hasta avergonzabase de faltar abiertamente á la verdad, pero no se creía por otra parte con derecho para revelar un secreto confiado á su discreción.

— Le aseguro á usted, tía, que no sé nada de eso ; — dijo con poca firmeza.

La voluminosa baronesa Lampessadas, oportuna quizás por la primera vez en su vida, llegó á sacar á la joven del aprieto en que la colocaba su tía.

— Si de eso no, — dijo — tal vez ha oído usted hablar de un joven corso que debe ser mi hijo, ¿ sabe usted ? En una casa tan misteriosa como ésta todo es posible.

Acababa apenas de hablar la baronesa cuando llegó hasta los salones confuso rumor de voces que parecía venir de la antesala.

Hubiérase dicho una discusión, de tonos enérgicos, que se elevaban hasta la disputa, entre los servidores del hotel y gente que quizás llegaba de fuera.

— Vuelvan ustedes mañana ; — decía la voz autoritaria de Pedro. — ¡ A quién se le ocurre llegar con semejante encargo á una casa en medio de una fiesta !

— Pero si nos lo han mandado ! — repetía otra voz ; — vaya usted á preguntárselo á su amo, verá como es cierto.

— ¿ A mi amo ? Usted está loco, amigo. Si que la haría yo buena preguntándole eso en este momento...

— ¿ Pero de qué habla esa gente ? — preguntó la de Aubinesco, que no lograba oír bien lo que se decía en la antesala.

Kenec el manco y el joven Jaffary contestaron á dúo :

— Son los cocheros, que disputan sin duda con los criados de la casa.

La vizcondesa, que no perdía ripio, observó demasiada diligencia y aun algo así como tácito convenio en la contestación de los dos hombres. Pensando que en todo aquello había gato encerrado buscaba en su imaginación un medio de descifrar el enigma, cuando su mirada hubo de fijarse en Jaime, quien contemplaba extasiado cómo valsaban algunas parejas.

— ¿ Quiere usted hacer el favor — le dijo — de ir á ver lo que ocurre en la antesala y de venir á decirnoslo ?

La intervención del lugareño, como le llamaba la baronesa, debía resultar inútil.

En la antesala habíase agriado la disputa ; oíase la voz aguda de Claudina dominando las más recias de los hombres, y de pronto surgió un ruido que no dejaba lugar á dudas. Los polemistas habían llegado á las manos.

Conociase que los recién llegados eran numerosos y que sin duda por esta razón llevaban la peor parte los

criados de la casa. Así por lo menos se podía deducir interpretando racionalmente los gritos de las criadas.

Deferente al ruego formulado por la vizcondesa, dirigióse Jaime hacia la puerta de comunicación entre la sala y la antecámara, cuando se estremeció aquélla, resonando con ruido enorme, seco, espantoso, como producido por el choque de una catapulta.

La orquesta se detuvo como por encanto, los que bailaban quedaron inmóviles, como petrificados, y las miradas de todos los presentes dirigieronse mudas, pero interrogadoras hacia la puerta en la que se había producido aquel estruendo.

La pusilánime Yvona hubo de precipitarse en los brazos de su tía, como si buscara en ellos refugio contra algún peligro tanto más temible cuanto más desconocido. Y la excelente vizcondesa, amparando magnánima á su sobrina, temblaba ella misma de miedo, y la emoción la ahogaba en aquel instante, ante la certeza de que todo aquello no era, no podía ser otra cosa que el preludio del duelo terrible y encarnizado al que su buena estrella iba á permitirle asistir en calidad de testigo.

También Jaime, el mozo sin miedo y sin reproche, habíase detenido, puesta la mano sobre el botón de la puerta.

Gracias al profundo silencio que reinaba en aquel instante en los salones, pudo oirse clara y distinta la voz de Pedro, que decía :

— ¡ Por ahí no, por ahí no ! ¡ Esa es la sala de baile !

— ¡ A callarse tocan, lacayo ! — contestó una voz robusta. — También á nosotros nos gusta el baile, no te creas. Tú no has querido dejarnos subir al principal... Bueno, pues nos invitamos á sudar una polca.

La vizcondesa de Aubinesco, cuyo pensamiento parecía fijo en los irreconciliables enemigos de la bahía de Manaar, y que sin duda creyó que iba á ver entrar de un momento á otro al jefe de los hermanos de la Concha y al capitán de los estiletos de cristal, exclamó en alta voz :

— ¡ Cuidado, mucho cuidado ! Con gentes de este

temple nadie sabe lo que puede ocurrir. No te separes de mí, Yvona...

El botón de la puerta giró entre los dedos de Jaime sin que éste le hubiese impreso el menor movimiento ; y como en el mismo instante se abrieron de par en par las dos hojas de la puerta, cediendo á formidable presión exterior, hubo el pobre muchacho de perder el equilibrio y resbalando en el entarimado fué á caer cuan largo era no lejos del grupo formado por la vizcondesa y sus amigos.

Un grito de horror se escapó al mismo tiempo de todos los labios ; una porción de señoras, que poco antes bailaban alegres, perdieron el sentido entre los brazos de sus parejas ; y no pocos hombres, haciendo de tripas corazón, permanecieron serenos al parecer pero intensamente pálidos.

La cosa no era en verdad para menos. Seis robustos empleados de pompas fúnebres acababan de penetrar en el salón conduciendo en hombros un féretro cuya forma oblonga se adivinaba bajo los pliegues rígidos de un paño mortuario salpicado de lágrimas de plata.

— ¡ Horrible, horrible ! ¿ Sabe usted ? — balbuceó la enorme baronesa, que después de poner los ojos en blanco creyó conveniente desmayarse.

¡ Cosa extraña ! La curiosa vizcondesa había casi perdido el miedo que poco antes la embargara. En su cerebro, fértil cuando se trataba de aventuras, había germinado una idea á la vista del ataúd.

— Debe ser para el que sucumba en la lucha, — pensó. Y reconfortada con esta esperanza hundió caritativamente el cuello de su frasco de sales en las dilatadas narices de la baronesa.

Cuando pocos instantes después recobró ésta el conocimiento, no vió nada que pudiese herir su impresionable imaginación. Antes al contrario, á no ser por la triste soledad de los salones, poco antes tan animados, hubiera podido figurarse que acababa de sufrir una pesadilla. En torno de ella se movían Yvona, la vizcondesa, Jaffary y Kenec. Y fuera de éstas, nadie. Todos los invitados habían huído, arrastrando tras ellos á los músicos de la orquesta.

Cuanto á los empleados de pompas fúnebres, regocijados por el éxito de su macabra humorada, habianse decidido por fin á subir al primer piso guiados por el maltrecho Pedro.

Era el propio Alí-Akmet quien había encargado el ataúd aunque al hacerlo estaba muy lejos de sospechar el mal comportamiento de los empleados. Puede alegarse en disculpa de éstos, que eran empleados de ocasión, reclutados por un industrial poco escrupuloso, á quien Akmet hubo de dirigirse para que le construyera el féretro. Al llegar con este al hotel, los seis dignos ciudadanos habían descansado varias veces en otras tantas tabernas, y se hallaban, como vulgarmente se dice, en las viñas del Señor. Esto explica su disputa con los servidores del marqués y el escandaloso paseo del fúnebre artefacto por los salones en que se verificaba la recepción.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

## VII

## UNA ESCALA DE SEDA Y TRES PERROS

Las palabras pronunciadas por Amy, aunque vagas y casi incoherentes, habían llevado al ánimo de la curiosa vizcondesa de Aubinesco la firmísima convicción de que iba á presenciar algún espectáculo extraordinario. No queriendo perder ninguno de sus detalles, juzgó que no debía permitir á la baronesa el reponerse demasiado lentamente de su desmayo.

— Amiga mía, — le dijo en cuanto juzgó que podría comprenderla, — creo que no debemos eternizarnos aquí.

— De ningún modo; — balbuceó la opulenta dama. — ¡Eternizarnos aquí!... Esta casa está embrujada, ¿sabe usted?

Y la pobre baronesa miraba con terror á todos lados, como si temiese ver surgir algún nuevo ataúd y de éste cualquier horrible espectro.

— ¿Le parece á usted que vayamos al parque, á respirar un poco de aire fresco?

— ¿Al parque?

— Sí, al parque; ¿cómo quiere usted acabar de reponerse en esta atmósfera?

— Es que... la verdad, yo preferiría irme.

— ¡Qué dice usted! Agitada como se encuentra